Momento íntimo: el año de la serpiente

Marisa Barco

Capítulo 1

Momento íntimo: el año de la serpiente

22.09.2017

Cuando tu signo te encuentra a solas puede jugarte una mala pasada.

Las pequeñas gotas se deslizaban errantes por el vidrio del ventanal que daba al parque y mientras saboreaba un café, totalmente relajada, Ema se permitió perderse trazando imaginariamente las más insólitas figuras entre los caprichosos hilos de agua, tal como cuando era pequeña. Nunca mejor bienvenida la lluvia de primavera, pensó.

Sin proponérselo comenzó a sumergirse en las deliciosas sensaciones que el jardín le transmitía y se quedó ahí por un buen rato, pero un nuevo flash de racionalidad la trajo de inmediato a su centro al recapacitar sobre el escaso amarillo y rojo de la vegetación. "Definitivamente al verde de este imponente pino, le falta un toque de pasión" - sentenció -, y de inmediato comenzó a proyectar cada paso en la próxima incursión que haría sobre la tierra húmeda, ni bien dejara de llover.

Cada poética fuga intelectual, ella la cerraba, inevitablemente, con una reflexión meticulosa y ordenada, capaz de anticipar el resultado de cada movimiento como el mejor de los ajedrecistas. No podía con su genio de auténtica ofidio y en los últimos días la vicha había estado más incisiva que nunca. Era el año de la serpiente y el perfil del propio signo afloraba por cada uno de sus poros. Romántica y lógica a la vez, creativa, organizada, desconfiada y sobre todo astuta, se sentía orgullosa de ser como era.

Serpiente de madera en el horóscopo chino y libriana en el zodiacal, consecuente con su característica astrológica se disponía a disfrutar de la soledad que le ofrecía el circunstancial viaje del resto de la familia. Un sábado solo para ella... ¡cómo amaba esos espacios!

Se alejó de la ventana y fue en busca de la caja donde guardaba chucherías que le servían en los escasos espacios de creatividad con la aguja. Era el cofre que había heredado de su madre y el mismo con el que había aprendido el arte de la costura. "Otra en mi lugar estaría saliendo de farra con amigas"- dijo en vos alta como recriminándose burlonamente- pero ella, esquiva por naturaleza, gustaba demasiado de la calidez del hogar y una vez más, la balanza de Libra buscaba el equilibrio.

Desajustó la pequeña traba que sujetaba la tapa y comenzó a hurgar con un huso de madera entre los pequeños guijarros. No buscaba nada concreto, sólo algo que estimulara recuerdos afables; adoraba esos soplos de melancolía. De pronto un botón metálico en relieve le llamó la atención; lo tomó entre sus dedos y enfocó la vista para ver mejor. Maldijo no tener a mano las gafas aunque, orgullosa como era, nunca osaría llevarlos colgados con un ridículo cordón alrededor del cuello. Los buscó, y con un nuevo mundo frente a ella descubrió la imagen de una serpiente. Desconcertada, se preguntó qué sucedía con ese escurridizo reptil que últimamente había estado tan presente y sobre todo ese día que se encontraba sola. Trató de ir atrás en el tiempo y revivió el momento en el que juntas, madre e hija, reían con reconfortable complicidad mientras reparaban algunas prendas y cambiaban los botones del uniforme de su hermano. Sin dudas la pequeña pieza provenía de aquel abrigo. Pero no era éste el detalle que más le había impactado, sino el extraño grabado: el de la serpiente. Lo escudriñó por unos instantes y tras un suspiro, cerró la caja y continuó disfrutando su papel de soberana en un reino sin séquito.

El resto del sábado de Ema transcurrió entre redisponer los muebles del living para disimular la rutina, limpieza general y la atención exclusiva de su propio cuerpo. Le agradaba mimarse dedicando tiempo al cuidado de la piel y el cabello, y solo lograba la tranquilidad para hacerlo en los escasos momentos de soledad como el que le había tocado.

Casi al final de la tarde, después de tomar una ducha relajante, se dispuso a uno de sus mayores placeres: calzarse el pijama y las pantuflas de tigre, recostarse en el sillón de cuero negro y, en el mayor de los silencios, disfrutar de una buena lectura. El botón sobre la mesa ratona volvió a desviarle la atención por unos segundos y no entendió en qué momento lo había dejado ahí. Como fuera, se tapó con una manta liviana y mientras leía, los ojos cedieron al cansancio. De inmediato se vio a sí misma en medio de un paraíso oriental, rodeada de flores exóticas y fragancias envolventes, en una sala típicamente china. Sostenía entre las manos un pequeño cofre y al abrirlo, cientos de serpientes, de mirada cautivante y movimientos encantadores comenzaron a rodearla, como adorándola. Se sentía bella y cautivante, desplazándose huidiza y alerta como la singular corte que la escoltaba, en busca de lugares tan oscuros como misteriosos. Sensual, en un nuevo espacio, se entregaba intensamente a un amor sin rostro, como en un juego de íntima conspiración callada. Y mientras se regodeaba en esa pasión secreta, llena de satisfacción, inyectaba suave pero implacable su letal veneno al circunstancial amante para, de inmediato, retirarse fría e inconmovible.

Inconsciente aún, con el mismo sigilo buscó escapar lejos de ahí, hacia un espacio blanco de luz y energía que encaminara su instinto calculador. Un instante después, la luz comenzaba a disiparse, la calma ya no se sentía como antes; las ágiles cómplices se retiraban escurridizas; sintió

frío. Una presión húmeda en la frente la traía de vuelta: "Hola querida, te habías quedado dormida...". Sobresaltada, Ema se creyó, por un segundo, descubierta en su infidelidad; el botón metálico sobre la mesa ratona le devolvía un giño haciéndola caer en cuentas de que todo había sido un sueño. Un breve y delicioso sueño que calla y guarda sin remordimientos.